

VIAGE  
AL PARNASO.

## CAPITULO V.

Oyó el señor del humido tridente  
 Las plegarias de Apolo, y escuchólas  
 Con alma tierna y corazón clemente.  
 Hizo de ojo, y dió del pie á las olas,  
 Y sin que lo entendiesen los poetas  
 En un punto hasta el cielo levantólas.  
 Y él por ocultas vías y secretas  
 Se agazapó debaxo del navio,  
 Y usó con él de sus traidoras tretas.  
 Hirió con el tridente en lo vacío  
 Del buco, y el estomago le llena  
 De un copioso corriente amargo río.  
 Advertido el peligro, al aire suena  
 Una confusa voz, la qual resulta  
 De otras mil que el temor forma y la pena.  
 Poco á poco el bagel pobre se oculta  
 En las entrañas del ceruleo y cano  
 Vientre, que tantas animas sepulta.

Suben los llantos por el aire vano  
 De aquellos miserables, que suspiran  
 Por ver su irreparable fin cercano.  
 Trepan y suben por las jarcias, miran  
 Qual del navio es el lugar mas alto,  
 Y en él muchos se apiñan y retiran.  
 La confusion, el miedo, el sobresalto  
 Les turba los sentidos, que imaginan  
 Que desta á la otra vida es grande el salto.  
 Con ningun medio ni remedio atinan;  
 Pero creyendo dilatar su muerte  
 Algun tanto á nadar se determinan.  
 Saltan muchos al mar de aquella suerte,  
 Que al charco de la orilla saltan ranas  
 Quando el miedo, ó el ruido las advierte.  
 Hienden las olas del romperse canas,  
 Menudean las piernas y los brazos,  
 Aunque enfermos estan, y ellas no sanas.  
 Y en medio de tan grandes embarazos  
 La vista ponen en la amada orilla,  
 Deseosos de darla mil abrazos.  
 Y sé yo bien, que la fatal quadrilla  
 Antes que alli, holgara de hallarse  
 En el compas famoso de Sevilla.  
 Que no tienen por gusto el ahogarse,  
 Discreta gente al parecer en esto,



Pero valioles poco el esforzarse.  
 Que el padre de las aguas echó el resto  
 De su rigor, mostrandose en su carro  
 Con rostro airado y ademan funesto.  
 Quatro delfines, cada qual bizarro,  
 Con cuerdas hechas de tegidas obas  
 Le tiraban con furia y con desgarro.  
 Las ninfas en sus húmidas alcobas  
 Sienten tu rabia, ó vengativo Nume,  
 Y de sus rostros la color les robas.  
 El nadante poeta que presume  
 Llegar á la ribera defendida,  
 Sus ayes pierde y su teson consume:  
 Que su corta carrera es impedida  
 De las agudas puntas del tridente,  
 Entonces fiero y aspero homicida.  
 Quien ha visto muchacho diligente  
 Que en goloso á si mesmo sobrepuja  
 Que no hay comparacion mas conveniente,  
 Picar en el sombrero la granuja,  
 Que el hallazgo le puso allí ó la sisa,  
 Con punta alfileresca, ó ya de aguja:  
 Pues no con menor gana, ó menor prisa  
 Poetas ensartaba el Nume airado  
 Con gusto infame, y con dudosa risa.  
 En carro de cristal venia sentado,

La

La barba luenga y llena de marisco,  
 Con dos gruesas lampreas coronado.  
 Hacian de sus barbas firme aprisco  
 La Almeja, el Morsillon, Pulpo y Cangrejo,  
 Qual le suelen hacer en peña ó risco.  
 Era de aspecto venerable y viejo,  
 De verde, azul y plata era el vestido,  
 Robusto al parecer y de buen rejo.  
 Aunque como enojado, denegrado  
 Se mostraba en el rostro, que la saña  
 Asi turba el color como el sentido.  
 Airado contra aquellos mas se ensaña  
 Que nadan mas, y saleles al paso,  
 Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.  
 En esto, ó nuevo y milagroso caso,  
 Dino de que se cuente poco á poco,  
 Y con los versos de Torcato Taso.  
 Hasta aqui no he invocado, ahora invoco  
 Vuestro favor, ó musas! necesario  
 Para los altos puntos en que toco.  
 Descerrajad vuestro mas rico almario,  
 Y el aliento me dad que el caso pide,  
 No humilde, no ratero, ni ordinario.  
 Las nubes hiende el aire, pisa y mide  
 La hermosa Venus Acidalia, y baxa  
 Del cielo que ninguno se lo impide.

Traia



Traia vestida de pardilla raja  
 Una gran saya entera hecha al uso,  
 Que le dice muy bien, quadra y encaja.  
 Luto que por su Adonis se le puso,  
 Luego que el gran colmillo del berraco  
 A atravesar sus ingles se dispuso.  
 A fe que si el mocito fuera Maco,  
 Que él guardára la cara al colmilludo,  
 Que dió á su vida, y su belleza saco.  
 O valiente garzon, mas que sesudo,  
 Cómo estando avisado, tu mal tomas,  
 Entrando en trance tan horrendo y crudo?  
 En esto las mansisimas palomas  
 Que el carro de la diosa conducian  
 Por el llano del mar, y por las lomas:  
 Por unas y otras partes discurrían,  
 Hasta que con Neptuno se encontraron,  
 Que era lo que buscaban y querían.  
 Los dioses que se ven, se respetaron,  
 Y haciendo sus zalemas á lo moro,  
 De verse juntos en extremo holgaron.  
 Guardaronse real grave decoro,  
 Y procuró Ciprinia en aquel punto  
 Mostrar de su belleza el gran tesoro.  
 Ensanchó el verdugado, y dióle el punto  
 Con ciertos puntapiés que fueron coces

Para el dios que las vió y quedó difunto.  
 Un poeta llamado DON QUINCOCES  
 Andaba semivivo en las saladas  
 Ondas dando gemidos y no voces.  
 Con todo dixo, en mal articuladas  
 Palabras: o, señora, la de Pafos,  
 Y de las otras dos islas nombradas,  
 Muevate á compasion el verme gafos  
 De pies y manos, y que ya me ahogo,  
 En otras Linfas que las del Garrafo.  
 Aqui será mi Pira, aqui mi rogo,  
 Aqui será QUINCOCES sepultado,  
 Que tuvo en su crianza Pedagogo.  
 Esto dixo el mezquino, esto escuchado  
 Fue de la diosa con ternura tanta,  
 Que volvió á componer el verdugado.  
 Y luego en pie y piadosa se levanta,  
 Y poniendo los ojos en el viejo,  
 Desembudó la voz de la garganta.  
 Y con cierto desden y sobrecejo,  
 Entre enojada y grave, y dulce dixo  
 Lo que al humido dios tuvo perplejo.  
 Y aunque no fue su razonar prolixo,  
 Todavía le truxo á la memoria  
 Hermano de quien era y de quien hijo.  
 Representole quan pequeña gloria



Era llevar de aquellos miserables  
 El triunfo infausto , y la cruel vitoria.  
 El dixo : si los hados inmutables  
 No huvieran dado la fatal sentencia  
 Destos en su ignorancia siempre estables.  
 Una brizna no mas de tu presencia  
 Que viera yo , bellissima señora ,  
 Fuera de mi rigor la resistencia.  
 Mas ya no puede ser , que ya la hora  
 Llegó donde mi blanda y mansa mano  
 Ha de mostrar que es dura y vencedora.  
 Que estos de proceder siempre inhumano ,  
 En sus versos han dicho cien mil veces,  
 Azotando las aguas del mar cano.  
 Ni azotado , ni viejo me pareces ,  
 Replicó Venus , y él le dixo á ella:  
 Puesto que me enamoras no enterneces.  
 Que de tal modo la fatal estrella  
 Influye destos tristes , que no puedo  
 Dar felice despacho á tu querella.  
 Del querer de los hados solo un dedo  
 No me puedo apartar , ya tu lo sabes ,  
 Ellos han de acabar , y ha de ser cedo.  
 Primero acabarás que los acabes ,  
 Le respondió madama , la que tiene  
 De tantas voluntades puerta y llaves.

Que

Que aunque el hado feroz su muerte ordene,  
 El modo no ha de ser á tu contento ,  
 Que muchas muertes el morir contiene.  
 Turbóse en esto el liquido elemento ,  
 De nuevo renovóse la tormenta ,  
 Sopló mas vivo y mas apriesa el viento.  
 La hambrienta mesnada , y no sedienta ,  
 Se rinde al uracan recién venido ,  
 Y por mas no penar muere contenta.  
 O raro caso y por jamas oido ,  
 Ni visto ! ó nuevas y admirables trazas  
 De la gran reina obedecida en Gnido !  
 En un instante el mar de calabazas  
 Se vió quajado , algunas tan potentes ,  
 Que pasaban de dos , y aun de tres brazas.  
 Tambien hinchados odres y valientes ,  
 Sin deshacer del mar la blanca espuma ,  
 Nadaban de mil talles diferentes.  
 Esta trasmutacion fue hecha en suma  
 Por Venus de los languidos poetas ,  
 Porque Neptuno hundirlos no presuma.  
 El qual le pidió á Febo sus saetas ,  
 Cuya arma arrojadiza desde aparte  
 A Venus defraudara de sus tretas.  
 Negóselas Apolo ; y veis do parte  
 Enojado el vejon con su tridente ,

F

Pen-



Pensandolos pasar de parte á parte ;  
 Mas este se resbala , aquel no siente  
 La herida , y dando esguince se desliza ,  
 Y él queda de la colera impaciente,  
 En esto Bóreas su furor atiza ,  
 Y lleva antecogida la manada ,  
 Que con la de los cerdas simboliza.  
 Pidióselo la diosa aficionada  
 A que vivan poetas zarabandos,  
 De aquellos de la seta almidonada :  
 De aquellos blancos , tiernos , dulces , blandos ,  
 De los que por momentos se dividen  
 En varias setas , y en contrarios vandos.  
 Los contrapuestos vientos se comiden  
 A complacer la bella rogadora ,  
 Y con un solo aliento la mar miden :  
 Llevando á la piara gruñidora ,  
 En calabazas y odres convertida  
 A los reynos contrarios del aurora.  
 Desta dulce semilla referida  
 España , verdad cierta , tanto abunda ,  
 Que es por ella estimada y conocida.  
 Que aunque en armas y en letras es fecunda  
 Mas que quantas provincias tiene el suelo,  
 Su gusto en parte en tal semilla funda.  
 Despues desta mudanza que hizo el cielo ,

O Venus , ó quien fuese , que no importa  
 Guardar puntualidad como yo suelo,  
 No veo calabaza , ó luenga ó corta ,  
 Que no imagine que es algun poeta  
 Que alli se estrecha , encubre , encoge , acorta.  
 Pues qué quando veo un cuero , ó mal discreta  
 Y vana fantasia , asi engañada ,  
 Que á tanta liviandad estás sujeta !  
 Pienso que el piezgo de la boca atada  
 Es la faz del poeta transformado  
 En aquella figura mal hinchada.  
 Y quando encuentro algun poeta honrado ,  
 Digo , poeta firme y valedero ,  
 Hombre vestido bien y bien calzado ,  
 Luego se me figura ver un cuero ,  
 O alguna calabaza , y desta suerte  
 Entre contrarios pensamientos muero ,  
 Y no sé si lo yerre , ó si lo acierte ,  
 En que á las calabazas y á los cueros ,  
 Y á los poetas trate de una suerte.  
 Cernicalos que son lagartigeros  
 No esperen de gozar las preeminencias  
 Que gozan gabilanes no pecheros.  
 Puestas en paz pues ya las diferencias  
 De Delio , y los poetas transformados  
 En tan vanas y huecas apariencias :



Los mares y los vientos sosegados,  
 Sumergiose Neptuno mal contento  
 En sus palacios de cristal labrados,  
 Las mansisimas aves por el viento  
 Volaron, y á la bella Cipriana  
 Pusieron en su reyno á salvamento,  
 Y en señal que del triunfo quedó ufana,  
 Lo que hasta alli nadie acabó con ella,  
 Del luto se quitó la saboyana.  
 Quedando en cueros tan briosa y bella,  
 Que se supo despues que Marte anduvo  
 Todo aquel dia, y otros dos tras ella.  
 Todo el qual tiempo el escuadron estuvo  
 Mirando atento la fatal ruina,  
 Que la canalla transformada tuvo.  
 Y viendo despejada la marina  
 Apolo del socorro mal venido,  
 De dar fin al gran caso determina.  
 Pero en aquel instante un gran ruido  
 Se oyó, con que la turba se alborozó,  
 Y pone vista alerta, y presto oído.  
 Y era quien le formaba una carroza  
 Rica, sobre la qual venia sentado  
 El grave DON LORENZO DE MENDOZA,  
 De su felice ingenio acompañado,  
 De su mucho valor y cortesia,

Joyas inestimables, adornado.  
 PEDRO JUAN DE REJAULE le seguía  
 En otro coche insigne Valenciano,  
 Y grande defensor de la poesia.  
 Sentado viene á su derecha mano  
 JUAN DE SOLIS, mancebo generoso,  
 De raro ingenio en verdes años cano.  
 Y JUAN DE CARVAJAL, Dotor famoso,  
 Les hace tercio, y no por ser pesado  
 Dexan de hacer su curso presuroso.  
 Porque el divino ingenio al levantado  
 Valor de aquestos tres que el coche encierra,  
 No hay impedirle monte, ni collado.  
 Pasan volando la empinada sierra,  
 Las nubes tocan, llegan casi al cielo,  
 Y alegres pisan la famosa tierra.  
 Con este mismo honroso y grave zelo,  
 BARTOLOME DE MOLA, y GABRIEL LASO  
 Llegaron á tocar del monte el suelo.  
 Honra las altas cimas de Parnaso  
 DON DIEGO, que de SILVA tiene el nombre,  
 Y por ellas alegre tiende el paso.  
 A cuyo ingenio, y sin igual renombre  
 Toda ciencia se inclina y le obedece,  
 Y le levanta á ser mas que de hombre.  
 Dilatanse las sombras, y descrece



El día, y de la noche el negro manto  
 Guarnecido de estrellas aparece.  
 Y el esquadron que havia esperado tanto  
 En pie, se rinde al sueño perezoso  
 De hambre y sed, y de mortal quebranto.  
 Apolo entonces poco luminoso,  
 Dando hasta los Antipodas un brinco,  
 Siguió su accidental curso forzoso.  
 Pero primero licenció á los cinco  
 Poetas titulados á su ruego,  
 Que lo pidieron con estraño ahinco,  
 Por parecerles risa, burla y juego  
 Empresas semejantes; y así Apolo  
 Concedió con sus deseos luego.  
 Que es el galan de Dafne unico y solo  
 En usar cortesía sobre quantos  
 Descubre el nuestro, y el contrario polo.  
 Del lobrego lugar de los espantos  
 Sacó su hisopo el languido Morfeo,  
 Con que ha rendido y embocado á tantos,  
 Y del licor que dicen que es Leteo,  
 Que mana de la fuente del olvido,  
 Los parpados bañó á todos arreo.  
 El mas hambriento se quedó dormido,  
 Dos cosas repugnantes, hambre y sueño,  
 Privilegio á poetas concedido.

Yo quedé en fin dormido como un leño,  
 Llena la fantasia de mil cosas,  
 Que de contallas mi palabra empeño,  
 Por mas que sean en sí dificultosas.

